

Carbono La Carta Ououq. Ra

(fragmento)

j.e. Lage

Pronto se dio cuenta: era una ciudad interminable. Por lo tanto, una ciudad irreal. Y la irrealidad cansa. La irrealidad aburre. Pronto sintió hambre y las piernas perdieron el entusiasmo turístico. Al borde del desmayo se abalanzó contra un taxi.

Después de atropellarla, el taxista la puso en el asiento trasero y le puso una barra de Toblerone en la boca como si fuera un termómetro. Chupa, young lady.

—Eres una indestructible, young lady...
¿En qué idioma te hablo?

Evelyn no habló hasta que llegaron al hospital, y fue para decir que no quería entrar ahí (yo sólo entraría al Calixto García desmayado en una ambulancia aérea), que se sentía bien y que:

—Esta sangre no es mía.

—El uniforme tampoco, me parece.

Evelyn se examinó el cuerpo tranquilamente.

—¿No tienes más ropa? ¿O es que prefieres ser varón?

—No sé. Acabo de llegar.

—¿De dónde?

—No recuerdo. Hubo una explosión.

—¿Cómo te llamas?

EL NOMBRE

Se detuvo frente a una fachada publicitaria en 23 y Paseo.

Sucesión de imágenes de engañosa simplicidad. Un lector del tipo out (no está donde tiene que estar) estaría completamente perdido. Ella, sin embargo, acertó a leer lo único que le interesaba. Eso se llama visión.

Los productos variaban pero la fem-fetish era la misma. La lencería en el cuerpo de la fem-fetish también variaba, pero aquí la lencería no era un producto. Evelyn Z anunciaba otras cosas para hombres: máquinas de afeitar, píldoras contra la impotencia o la calvicie, corbatas Calvin Klein, balones de fútbol...

Definitivamente esta Evelyn Z anuncia mejor que Evelyn B (la primera), y sus tetas virtuales pueden ponerse al lado de las de Evelyn M (lo que ya es mucho decir), pero en su mirada hay algo que ha crecido demasiado y amenaza con enfermar. En mi opinión, ninguna como Evelyn H. Ella sabía ser como una bomba de hidrógeno y al mismo tiempo

LA REALIDAD

como una letra muda. Eso se llama inteligencia.

Artificial, qué más da.

Como todo lo demás.

No se acordaba ni de su nombre.

—¿Cómo te llamas?

Ahora es un policía el que pregunta.

—Evelyn.

Hay policías que encuentran sospechosa la sangre.

—Voy a tener que meterte en la cárcel, niña.

Una sospecha esparcida de la cabeza a los pies.

—¿Por qué?

Le tomaron muestras de ADN.

—Por si acaso.

Ella recordó algo: allá de donde vino (dondequiera que esté ese lugar) también había policías.

PLAYA DE MOLUSCOS, MUJERES GRANDES

La encerraron sola en una celda. Le dieron comida sintética y durmió toda la noche. Ni siquiera tuvo tiempo para deprimirse. Al otro día una mujer la despertó dándole palmaditas en las nalgas.

Evelyn vio a una gorda sonriente. A juzgar por el uniforme, era una especie de madre superiora de la cárcel.

Desayunaron juntas en una habitación con carteles de terroristas WORLD WIDE WANTED y cifras de recompensa en las paredes.

—¿Quieres llamar a tu abogado o a tus padres?

—Están muertos. Murieron en la explosión.

—¿Qué explosión? —la gorda miraba embelesada a Evelyn.

—Hubo una explosión grandísima, pero todavía no recuerdo dónde.

—¿Alguien más murió?

—Creo que murieron todos.

—Todos menos tú.

—Supongo que sí.

—Eres muy inteligente y muy linda, ¿lo sabías?

Evelyn asintió con pesadumbre. Sabía otras cosas.

La gorda fue a abrir una puerta que daba a un baño.

—Ven. Vamos a quitarte esa ropa y a bañarte.

El plural no llegó más lejos. Evelyn se desnudó sola, se metió sola en la ducha y se lavó disciplinadamente de los pies a la cabeza, esto último con un champú que oía a playa de moluscos. Cuando terminó de secarse no encontró su ropa. Se envolvió con la toalla, como alguna vez había visto hacer a las mujeres grandes (dondequiera que estén), y salió del baño.

La mujer grande y gorda estaba examinando la Tabla Periódica.

Sobre una silla, Evelyn vio un uniforme de Primaria como el que había llevado puesto, sólo que limpio, muy limpio y doblado.

—Era de mi hijo. La pañoleta es nueva.

—Gracias.

—Póntelo.

Evelyn miró a la mujer. Vio un molusco grande y sonriente, envuelto en un caracol lleno de ojos demasiado brillantes, demasiado abiertos.

Evelyn dejó caer la toalla y se vistió lentamente, esperando que alguna protuberancia ventosa se alargara en dirección a su piel.

—Eres más alta que él, pero te queda.

—¿Ya puedo irme?

—Ven acá primero.

Se sentó en un parque y miró durante un rato las pandillas akrobáticas de skaterpunks y la tabla. El molusco le había dicho lo que era: la Tabla Periódica de los Elementos Químicos. También había intentado, sin éxito, explicarle qué era un elemento químico. Evelyn le preguntó para qué servía esa tabla. El molusco dijo que lo ignoraba, a fin de cuentas sólo era una primera dama de policía, pero a lo mejor su hijo podía decirle. Su hijo era un genio.

Evelyn miraba la tabla y pensaba qué hacer, dónde ir. Se le ocurrió que quizás la tabla podía sugerirle algo, como si la tabla fuera algún tipo de interfaz sensible a su voz, pero no elaboró ninguna fórmula en voz alta. Permaneció en silencio y la tabla permaneció en silencio, los símbolos de cada elemento

químico inmóviles en su lugar. Finalmente, pensó que no tenía otra opción que ir buscar a Dimitri.

POR SUPUESTO, ESTÁ ENCRIPTADA

Por un momento creyó que la gorda la estaba conduciendo de regreso a su celda.

En la celda de al lado estaba el hijo de la gorda. Un gordito que debía tener uno o dos años menos que ella, pero que parecía mucho menor.

—¿Qué es esto, un travesti de mi escuela? ¿Debo emocionarme?

—Hijo, qué manera de recibir una visita. Ella es Evelyn, y no es de tu escuela. Los dejaré solos para que puedan hablar.

La madre juró a Evelyn que su hijo no era peligroso, estaba preso por travesuras.

—Regreso a mi oficina, preciosa. Cuando quieras salir dale un grito al guardia.

Evelyn se sentó frente al gordito. Look de nerd, pero con la mirada de los nerdemonios. Transcurrió un incómodo silencio hasta que él habló:

—Si eres de las que leen el pensamiento, los míos ya los puse bajo contraseña. Si eres una hipnotizadora, a lo sumo vas a conseguir que me duerma y sueñe con tus ojos. Si eres una...

—Soy una indestructible —dijo Evelyn, para abreviar.

Al gordito debió parecerle una salida interesante. Adoptó por un momento una expresión entre admirada y reflexiva.

—Destruir es un arte —observó—. Yo pudiera destruirte, a menos que seas un residuo de una destrucción mayor. En ese caso...

Evelyn le extendió la Tabla Periódica. No se le ocurrió otra manera de callarlo.

—Tu mamá insistió en que te preguntara para qué sirve esto. Creó que pretende que nos hagamos amigos.

Después de decirlo le sonó ridículo: aquel niño de calabozo, hundida la cabeza electrónica en una tabla con números y letras, era una imagen difícil de vincular con las palabras *mamá* y *amigos*.

—Ya veo. Hay información valiosa aquí, y por supuesto, está encriptada. Parece el trabajo de un aficionado, pero has venido a ver a un profesional. Claro que dadas las condiciones en que me encuentro, te va a costar el doble.

—No tengo dinero. La tabla no me interesa. No sé por qué le interesaría a alguien. No sé por qué la tenía cuando caí en esta ciudad.

—¿No eres de LH? Sorprendente.

—Creo que vengo de un lugar muy, muy lejano.

—Entiendo. Eres una chica indocumentada. Buscas trabajo. Ahora dime, ¿por qué razón debería ayudarte?

—No te lo he pedido.

—Un punto a tu favor: si es cierto lo que dices, nadie te conoce y puedes serme útil como envenenadora. Otro punto a tu favor: hoy me siento generoso.

—Pero yo no sé envenenar.

—Que te crees tú eso. Mirate en cualquier espejo.

Evelyn enrolló la Tabla Periódica. El gordito anotó en un pedazo de papel, con una caligrafía esmeradamente lenta, una dirección y un nombre: DIMITRI.

—Dile que vas de parte de Gibson Praise Jr.

Antes de salir, Evelyn lo miró con un salto de ternura en el estómago.

—Tú eres uno de esos niños que saben leer a los tres años, ¿no?

—¿Leer? Muñeca, a los tres años yo había escrito un manual en verso para hackers y estaba aburrido de toda esa mierda. Ya he dejado muchas cosas atrás.

(NO) TODO SE MUEVE

El tal Dimitri regentaba un Pubix en la Manzana de Gómez.

Evelyn llegó al amanecer. El local estaba cerrando. Vio una barra con televisor, mesas, jukebox, billar, máquinas expendedoras de materia... Salían muchachas de varios maquillajes. Una de ellas le indicó a Evelyn un pasillo y una puerta.

Dimitri era un tipo de acentuada tristeza. Miró confundido a Evelyn. No hay, por otra parte, otra manera de mirarla.

—¿No usan saya las niñas?

—Yo no tengo.

—Yo tengo muchas.

—Vengo de parte de Gibson Praise Jr.

—Oh, no, otra vez... ¿Qué fue lo que te dijo?

Evelyn le contó. No sabía muy bien qué era lo que estaba contando.

Después Dimitri contó otra cosa. Dijo que ya todo el mundo se había olvidado de Gibson. La moda Praise había pasado. Todas sus redes se habían desconectado y vuelto a conectar de otra manera. Probablemente la acusación de terrorismo cultural no se sostendría, pero igual iban a enviarlo a un búnker sub-16 en las afueras y allí seguiría engordando su leyenda hasta que la perversidad de su mamá moviera influencias para llevarlo de regreso a casa. Entonces iba a tener que aceptar la realidad.

—¿Cuál realidad? —preguntó Evelyn.

—Todo se mueve —sentenció Dimitri.

—¿Todo? —continuó ella, menos interesada que divertida. Luego Dimitri la invitó a su casa. El automóvil no volaba o no podía volar y Evelyn conoció de las dificultades para moverse en el tráfico atascante de una ciudad atascada.

Jorge Enrique Lage
La Habana · 79

café cubano